

«FAZ TU TALENTE»: APOSTILLAS A UNA FRASE DESHONESTA

“Faz tu talento”: Notes to an Indecent Phrase

Kevin José Matos Rivera
Estudiante doctoral
Programa Graduado de Estudios Hispánicos
Universidad de Puerto Rico
Correo electrónico: kevin.fausto@gmail.com

Resumen

En la Edad Media, había una frase que ninguna mujer honesta debía pronunciar a su enamorado: «haz de mí lo que quieras». Este trabajo explora el sentido de esta frase y sus implicaciones en cuatro textos medievales.

Palabras clave: amor, erotismo, *Libro de buen amor*, *Celestina*, *Pamphilus*, *Historia de duobus amantibus*

Abstract

In the Middle Ages, there was a phrase that no decent woman should ever say to her lover: “do with me as you please”. This work explores the meaning of this phrase and its implications in four medieval texts.

Keywords: love, eroticism, *Libro de buen amor*, *Celestina*, *Pamphilus*, *Historia de duobus amantibus*

Recibido: Aprobado:

Tras las lecciones dictadas por don Amor al Arcipreste de Hita, doña Venus se presenta para impartir sus doctrinas a fin de que el *penado* pueda alcanzar la realización fructífera de sus amores. La maestra se encarga de

anticipar y descodificar al enamorado las respuestas usuales de la dama y las convulsiones que le sobrevienen en su efervescente interior. El varón ha de saber interpretar correctamente las negativas de la requerida, su ira o «malas respuestas», pues, aunque ella «muchas vezes cobdiçia» lo que niega, la detienen el miedo y el riesgo de arruinar su fama y también su futuro al perder para siempre su joya más preciada. Es preciso persistir en el servicio, seguirla sin descanso, deleitarla con requiebros, ablandarla con suspiros: es seguro que más pronto que tarde ella claudicará. Y cuando eso ocurra, el varón experto en amores ha de saber cómo proceder adecuadamente para alcanzar el «fecho» (*factum*):

Por mejor tiene la dueña de ser un poco forçada
que decir: “Faz tu talente”, como dervergonçada;
con poquilla de fuerça finca más desculpada:
en todas las animalias ésta es cosa provada.

Todas [las] fenbras han en sí estas maneras:
al comienço del fecho sienpre son referteras,
muestran que tienen saña e [que] son regateras,
amenazan mas non fieren; en çelo son arteras.

Maguer que faze bramuras la dueña que se doñea,
nunca el buen doñeador por esto enfaronea:
la muger bien sañuda e qu’el omne bien guerrea,
los doñeos la vençen por muy brava que sea.

El miedo e la vergüença faze a las mugeres
non fazer lo que quieren, bien como tú lo quieres:
non finca por non querer; cada que podrieres
toma de la dueña lo que d’ella quisieres.

(estrofas 631-634)¹

En cuanto las impúdicas manos del amador osen acercarse a las partes más secretas de la dama, ella lo desaprobará, se mostrará reacia y enfadada, hará lo posible por desasirse e incluso lanzará furibundas amenazas. Pero esto no debe detener al audaz amante: en ese momento ha de recurrir a la fuerza. Así ella se sentirá más tranquila, aminorará la culpa que surge de su secreta resolución de entregarse. La resistencia que opondrá enton-

¹ Cito por las ediciones consignadas en la bibliografía. Todos los énfasis en cursiva son míos.

ces la dama no será muy difícil de vencer, pues no resiste por no querer. El miedo y la vergüenza le impiden ceder a su deseo, dar rienda suelta a su furor. Pero, la maestra aclara: todas las hembras, sin importar sus negativas y amenazas, «en çelo son arteras». Doña Venus ha descodificado cada una de las reacciones de la dama y ha dado cuenta de sus contradicciones emocionales, mas concluye de modo claro y contundente: en celo, toda mujer es astuta. Así pues, toda la resistencia y oposición de la dama –a menudo, doncella– es absolutamente premeditada: al ser forzada, «finca más desculpada», se libra de parecer «desvergonçada». Solo una desvergonzada osaría decirle a su enamorado «faz tu talente», «haz de mí lo que quieras».

Doña Venus resume en apenas cuatro estrofas nada menos que el arte de amar más popular de la Edad Media, ese que obligaba a la mujer a hacer el amor «en son de forçada, [al] ombre en son de forçador»² a fin de no faltar al decoro femenino. Según esta sabiduría amorosa, la violencia viril y la resistencia de la dama constituyen procedimientos imprescindibles a la hora de yacer en la cama. En un manual del siglo XII para educar a los varones en el arte de la elegancia y la cortesía, se resume de modo rotundo:

Qui querit coitum, si vim post oscula differt,
Rusticus est, numquam dignus amore magis.

(*Facetus, moribus et vita*, vv. 301-302)³

De ningún modo puede faltar esa «poquilla de fuerça» en el «fecho»: el varón que no recurre a ella ante la oposición de la doncella –y, por tanto, no alcanza la meta postrema del amor– sería considerado un apocado nunca más digno de amor; la mujer que se entrega sin poner ninguna resistencia sería considerada una dervergonzada⁴. De ahí que más tarde Trotaconventos inste a su cliente a que se comporte como varón en el mo-

² La expresión es de Juan Rodríguez del Padrón en su *Triunfo de las donas* y la emplea a fin de demostrar y defender la honestidad femenina (1982: 222).

³ «El que quiere el coito, si después de los besos posterga el uso de la fuerza, es un villano y no es digno de amor nunca más». La cita latina proviene de Paolini (2010: 46), quien también recoge algunos de los ejemplos aducidos a continuación.

⁴ Exploro al detalle esta *ars amatoria* en «El proceso de amores de Calisto y Melibea frente a la tradición», trabajo de próxima aparición.

mento oportuno: «Si por aventura yo solos vos podiés juntar, / ruégovos que seades omne do fuer lugar» (estrofa 823). Las mismas instrucciones las pronuncia la Anus a Pánfilo en el *Pamphilus sive de arte amandi* –texto que refunde Juan Ruiz en el episodio al que nos referimos–: «Te precor esse uirum» (v. 546). La Venus de la comedia medieval latina también alecciona al enamorado sobre las preferencias de la doncella:

Si locus est, illi iocundis uiribus insta
 Quod uix sperasti, mox dabit ipsa tibi.
 Non sinit interdum pudor illi promere uotum ;
 Sed quod habere cupit hoc magis ipsa negat.
 Pulchrius esse puta tui perdere uirginitatem
 Quam dicat: “*De me fac modo uelle tuum*”.
 (vv. 109-114)⁵

Prefiere perder su doncellez por la fuerza a decir «haz de mí lo que quieras». Lo considera más honroso. Ninguna doncella querría ser tildada de desvergonzada ni de mujer fácil. Menos aún de *meretrix*. Así lo declara el *Facetus, moribus et vita*:

Expectat potius luctando femina vinci,
 Quam velit, ut meretrix, crimina sponte pati.
 (vv. 297-298)⁶

Y en el *Cancionero de Ripoll* (1986: 226):

Cum prohibet tactum, uult ne meretrix uideatur
 Condolet interius, nisi, quod negat, illud agatur⁷.

⁵ «Si se presenta la ocasión, aprémiala con delicada violencia; ella misma te dará al instante lo que apenas te atrevías a esperar. El pudor le impide a veces abrir su corazón; pone el mayor empeño en rehusar lo que más ansía tener. Considera más honroso perder, forzada, su virginidad que decir: “Toma, haz de mí lo que quieras”» (1977: 99).

⁶ «La mujer espera que la ganen luchando más que admitir espontáneamente sus culpas, como una meretriz». He citado, tanto el original como la traducción, por Paolini (2010: 46).

⁷ «Cuando el contacto rehúye, no quiere parecer mujerzuela; mas por dentro se duele si lo que rehúsa no se hiciera» (1986: 227).

En fin, «finca más desculpada». Y, además, «carius habetur quod pluribus est laboribus acquisitum quam quod sollicitudine modica possideatur»⁸, asegura Andreas Capellanus en su tratado sobre el amor (1985: 86).

Son muchos los hombres, así pues, que, en la ocasión oportuna, se comportan «viriliter», virilmente, esto es, demostrando su hombría mediante el uso de la fuerza justo en el lecho de Venus. Pero hay dos damas, cuya fuerza vital y determinación son únicas en la literatura occidental, que le darán un interesante mentís a la frase prohibida para las doncellas recatadas: «Faz tu talente», «De me fac modo uelle tuum».

La primera es la Lucrecia de la *Historia de duobus amantibus* de Eneas Silvio Piccolomini⁹. La dama cumple, muy a su pesar, con el complicado protocolo de los amadores cortesanos, basado siempre en el disimulo de la mujer y en la persistencia del varón¹⁰. Cumple –casi a regañadientes– con el precepto de velar por su fama y salvaguardar su honestidad: «No creas amor en mí hallar lugar si no fuere casto», asegura en una misiva a su pretendiente Euríalo (2001: 182). El enamorado celebra la honrosa declaración de su amada:

La muger pródiga de su fama y honra, más es dina de aborrecimiento que de amor; si la pudicicia y limpieza pierde la hembra, ¿qué se puede en ella loar? La hermosura es bien deleitable, mas flaco y caedizo; si honestidad no la acompaña, de ningún precio la juzgo. (2001: 183)

Euríalo asegura que no pide «cosa desonesta que a [su] fama pueda empecer». Pero el pudor de la dama lo sume enseguida en un estado de desesperación: «Sey más mansa con tu amante, que si assí lo continas, serás homicida» (2001: 184). Ella no cede tan fácilmente: «Dexa, pues, de solicitar mi amor y el tuyo, poco a poco, lo desecha. Quánto aquesto sea a vosotros más ligero que a las hembras, tú lo sabes, y si con verdad me

⁸ «Se aprecia más lo que se adquiere tras muchos esfuerzos que lo que se llega a poseer sin apenas preocuparse» (1985: 87).

⁹ Esta obra fue un verdadero *best seller* europeo en el siglo XV y sirvió de inspiración a obras como la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* (ver Matos 2018a). Cito por la traducción castellana de 1496, editada por Inés Ravasini (Piccolomini 2001). Las citas del original latino corresponden a la edición de Isabelle Hersant (Piccolomini 2012).

¹⁰ Exploro el protocolo amatorio en «El proceso de amores de Calisto y Melibea frente a la tradición». Entretanto, véase Matos (2018a).

amas, no debes querer aquello que sabes mi destrucción y muerte» (2001: 185). El penado palidece, pierde el apetito, no es capaz de conciliar más el sueño. Mas no se rinde. O triunfa o muere¹¹. Y la persistencia rinde muy pronto sus frutos. Lucrecia descubre «el amor que hasta allí avía disimulado»: «No te puedo más resistir, Euríalo, ni de mi amor desesperarte. Vencísteme: ya soy tuya, *haz de mí a tu placer*» (2001: 188).

Una vez más, nos topamos con la misma frase anticipada por doña Venus. Pero una gran diferencia salta a nuestra vista: la dama ha osado a pronunciar la frase vedada a las damas honestas, aquella frase que solo osarían pronunciar las desvergonzadas. «Haz de mí lo que quieras». Es preciso advertir que esta frase afortunada no figura en el original latino: «Non possum tibi amplius aduersari nec te amplius Euriale mei amoris expertem habere. vicisti. Iamque sum tua» (2012: 28). Al parecer, el anónimo traductor castellano sabía muy bien la pertinencia del «haz de mí a tu placer», calco del verso juanruiciano y del verso neolatino, el cual calcaría a su vez otra joven enamorada el día del *alloquium* con su amado: Melibea.

Melibea ha concertado, a través de Celestina, una cita nocturna con Calisto. Llegado el momento, la joven también cumple superficialmente con el precepto de resistirse y velar por su fama, dando la impresión de que ha llamado a su enamorado para reprender y poner a raya su largo atrevimiento: «Desvía estos vanos y locos pensamientos de ti, porque mi honra y persona estén sin detrimento de mala sospecha seguras. A esto fue aquí mi venida, a dar concierto en tu despedida y mi reposo. No quieras poner mi fama en la balanza de las lenguas maldicientes» (XII: 244)¹². Calisto ve venir la muerte. Pero, a estas alturas, Melibea no está para disimulos. Cumplido de prisa este último ritual, la joven declara: «Limpia, señor, tus ojos; *ordena de mí a tu voluntad*» (XII: 245). Calisto se pierde en circunloquios, de modo que Melibea siente la necesidad de ratificar su declaración: «Te suplico ordenes y dispongas de mí persona según querrás» (XII: 246).

«Haz de mí lo que quieras». Igual que Lucrecia, Melibea ha sido lo suficientemente audaz para pronunciar la frase prohibida. Las dos protagonistas han quedado hermanadas: una misma empresa las une, que

¹¹ Me ocupo de esta retórica en Matos (2018b).

¹² Para facilidad del lector, identificaré entre paréntesis el auto en números romanos y el número de página en arábigos.

es el deseo de gozar a plenitud los deleites propios del amor. ¿Cuáles son las implicaciones de tal manifiesto? El lector pudibundo y más tradicional, se escandalizaría de súbito al constatar la osadía de estas damas que, no solo rebasan los límites convencionales al vivir sus amores fuera de los nudos matrimoniales, sino que además lo hacen abiertamente como desvergonzadas. Queda puesta en evidencia la vacuidad de sus remilgos previos, ese obligado «falso defenderse» que asumen al principio del idilio, para guardar un poco las apariencias, y luego lo olvidan para llegar gozosas a la última y mejor meta del amor. Lo denuncian moralistas como Alfonso Martínez de Toledo, en el *Arcipreste de Talavera o Corbacho*, cuando desvelan la doblez de la que «disimula non amar, non querer e non aver» (2011: 199-200). Para el reprobador del amor mundano, la dama encubre su amoroso deseo no tanto porque sea recatada, sino para ser más «presçiada» por el varón. Por eso le da «a entender que forçada lo faze» (2011: 200). Grita, llora, amaga, pero apenas se mueve. Dice muchas cosas «por se honestar, mas Dios sabe la fuerça que pone nin la femença que da a fuir nin resistir; que da bozes y está queda; menea los braços, pero el cuerpo está quedo; gime e non se mueve; faze como que pone toda su fuerça mostrando aver dolor e aver enojo». En el fondo, es lo que hacían las que querían librarse de parecer desvergonzadas¹³. El moralista descodifica en tono reprobatorio ese proceder del que se sirviera Juan Rodríguez del Padrón, justamente en esos mismos años, para demostrar la naturaleza honesta de la mujer.

Pero el lector más sagaz advertiría la importancia textual –y vital– que se deriva de tal señal de desvergüenza. Es cierto que queda en evidencia la vacuidad de las fórmulas convencionales. Pero es que la fuerza vital de estas amadoras las hace insumisas a esas rígidas convenciones –literarias y sociales– que impiden a la mujer vivir libremente el goce del amor como a los varones. Lo lamentaba antes Poliscena en la comedia humanística

¹³ En un manual italiano dirigido a la mujer para adoctrinarla en las respuestas precisas a los procederes amorosos del varón, la joven aleccionada, aturdida ante la concatenación de procedimientos concertados que describe su maestra, pregunta ansiosa: «Lo lascierò dunque far di me ciò ch'egli vorrà?» (Gottifredi, 1912: 283). La respuesta es sí, pero cuidado: «Farai vista di non volere: pur finalmente lásciati sforzare». En el fondo, los remilgos no son sino un protocolar disimulo que encubre el beneplácito de la doncella para que el varón haga de ella lo que quiera, sin el desdoro que conllevaría pronunciar sin más la frase deshonesto.

homónima¹⁴. Melibea hubiera querido dar el primer paso antes que esperar los numerosos pasos propios de un adecuado proceso de amores, liderados siempre por el varón: «¡Oh género femíneo, encogido e frágile! ¿Por qué no fue también a las hembras concedido poder descubrir su cogojoso y ardiente amor, como a los varones? Que ni Calisto viviera quejoso ni yo penada» (X: 220). A Lucrecia la atenaza el mismo apremio y concluye: «¿Qué pierda la fama? ¿Qué me haze el murmurar de los hombres que no oiré? Quien no cura de la honra sordo es» (2001: 174). Las convenciones se vienen abajo en cuanto los autores exploran la interioridad de sus personajes, sus deseos más íntimos. Ambos soliloquios manifiestan la inadecuación de los códigos –más librescos que reales, pese a que respondan a unas expectativas sociales claras– y la realidad de los personajes, cuya cualidad humana no deja de palpar delante de nuestros ojos. Las dos protagonistas se encargarán de remarcarlo más adelante.

Llegado el día del *factum*, ambas jóvenes intentan conducirse según lo que se espera de ellas. Anticipan de algún modo la «poquilla de fuerça» que acompaña el juego venéreo. Y responden como mandan los códigos: con la resistencia obligada. «Resistía Lucrecia, deziendo que no quisiesse assí destruir su honestidad y fama que en mucha estima tenía; dezía que el amor de ambos no requería más de abraçar y besar. (...) Entonces, tomada de la falda a ella, resistiendo aunque vencer no quería, sin mucho afán la venció» (2001: 196-197). Así Melibea:

No quieras perderme por tan breve deleite y en tan poco espacio, que las mal hechas cosas, después de cometidas, más presto se pueden reprehender que enmendar. Goza de lo que yo gozo (...); no pidas ni tomes aquello que tomado no será en tu mano volver. Guarte, señor, de dañar lo que con todos los tesoros del mundo no se restaura. (XIV: 272-273)

Ambas velan por su fama y honestidad, se resisten, y, finalmente, son vencidas. Aunque los autores no ofrecen demasiados detalles, supongamos que ambas obtuvieron su dosis de fuerza y aparentaron *fincar más desculpadas*.

¹⁴ «Qui quo pacto nos puellas potius quam mares intra domus parietes opprimant ignoro (...), [domi] inclusas, quis haud licet hisce frui uoluptatibus quas fert huiusmodi hilaris etas ac succi plena?» (1996-2000: 4-6).

Pero ya sabemos que los códigos no se corresponden con el deseo humano que experimentan las dos jóvenes enamoradas. La urgencia de vivir el gozo que entraña la plenitud erótica las llevó a pronunciar con intrepidez la frase vedada: «Haz de mí lo que quieras». A solas, lamentaron la rigidez del protocolo que las obliga a esperar pasivamente los acercamientos de sus amados. Y su valentía y su capacidad de acción las llevarán a rebasar aún más los límites convencionales. En el segundo encuentro sexual narrado, ambas renunciarán a la «poquilla de fuerza» con que se supone que deban amar los varones bien educados y elegantes. Lucrecia no lo tendrá tan difícil: su enamorado Euríalo renuncia voluntariamente a los modos violentos y acaricia cada parte del cuerpo de su amada durante toda la noche. La rapidez que caracteriza el *ars amandi* más popularizado en el Medioevo europeo adquiere una morosidad y delicadeza inusitadas en la literatura occidental. A Melibea, sin embargo, no le será tan fácil y grato: en cuando las impúdicas manos de Calisto se acercan para destrozarse las vestiduras de la joven, ella rechaza el «riguroso trato» del desbocado amante. Y enseguida propone a viva voz: «Holguemos y burlemos de otros mil modos que yo te mostraré; no me destroces ni maltrates como sueles» (XIX: 321). La incompreensión y zafiedad del amante no conocen límites: «Señora, el que quiere comer el ave, quita primero las plumas». Con todo, con sus protestas y propuestas, Melibea renuncia a la obligación de hacer el amor «en son de forçada». Ya no se trata de un remilgo pudibundo ni de un «falso defenderse», sino de un rechazo rotundo del secular arte de amar europeo. Y esto completa la frase prohibida.

Recordemos la exposición de doña Venus: la dama prefiere ser forzada a decir «haz de mí lo que quieras» como una desvergonzada, pues con un poco de fuerza queda menos culpable. Melibea y Lucrecia se arriesgan a hablar como las desvergonzadas: «haz de mí lo que quieras». Y, además, rechazan de modo contundente la violencia viril en el amor, que se suponía que aminorara la culpa de ceder a sus deseos. Lucrecia disfruta el *savoir-faire* de Euríalo; Melibea intenta aleccionar a Calisto. La doctrina de Venus queda invalidada justo en la puesta en práctica por mujeres más humanas que librescas. La frase deshonesto anticipa la rebeldía máxima de las dos enamoradas, que se da justo en los tálamos de Venus: ninguna quiere ser forzada, sino gozar libremente su amor, un amor libre de culpas en cuanto que naturalmente humano. Aunque la frase da permiso al varón a conducirse a su voluntad, lo que verdaderamente se desprende de la con-

travención femenina es el rechazo del precepto de Venus, partidario de la idea de que la mujer debe aparentar decoro aun en la intimidad, un decoro que exige por prueba el empleo de la violencia viril. Al admitir la desvergüenza que supone la frase vedada a las honestas –que de igual manera atentan contra su honestidad al alcanzar la meta última del amor fuera del matrimonio–, Melibea y Lucrecia no tienen por qué tolerar la «poquilla de fuerça» que supuestamente las honra. Quizá el lector tradicional, debido a su incomprensión, resuelva la incomodidad acusando de desvergüenzadas a las dos jóvenes. Alfonso Martínez de Toledo no dudaría en lanzar contra ellas una de sus fulminantes condenas. Lucrecia no se libró de que una lectora tan sagaz y erudita como María Rosa Lida (1962: 451-452) la tildara de indecorosa, deshonesta, lúbrica y lasciva. Mas el lector sensible –acaso el moderno– logrará comprender, al oír la frase «deshonesta», el implacable rechazo de la tradición erótica predominante en el Occidente de la época, esa que coarta sin más el deleite de la mujer a fin de que esta *finque más desculpada*.

OBRAS CITADAS

- Carmina Riviþvllensia. Cansionero de Ripoll*. Edición bilingüe de José-Luis Moralejo. Bosch, 1986.
- Gottifredi, Bartolomeo. «Specchio d’amore. Dialogo di messer Bartolomeo Gottifredi nel quale alle giovani s’insegna innamorarsi». *Trattati d’amore del Cinquecento*, editado por Giuseppe Zonta, Laterza, 1912, pp. 249-304.
- Lida de Malkiel, María Rosa. *La originalidad artística de La Celestina*. EUDEBA, 1962.
- Martínez de Toledo, Alfonso. *Arcipreste de Talavera o Corbacho*. Editado por Michael Gerli, 2011.
- Matos, Kevin. «De Lucrecia a Melibea: la concepción del erotismo femenino en la *Historia de duobus amantibus* de Piccolomini y la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* de Rojas». *Celestinesca*, vol. 42, 2018a, pp. 189-224.
- _____. «“Siempre muere y nunca acaba de morir el que ama”: sobre la muerte del amante en algunos textos del medioevo español». *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche*, vol. 21, 2018b, pp. 9-41.

- Pamphilus de Amore*. Editado por Lisardo Rubio y Tomás González Rolán. Bosch, 1977.
- Paolini, Devid. «El *Libro de buen amor* y el amor descortés». *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Coordinado por Pierre Civil y Françoise Crémoux, vol. 2 (CD-ROM), Iberoamericana, 2010, p. 46.
- Piccolomini, Eneas Silvio. «Estoria muy verdadera de dos amantes, Eurialo franco y Lucrecia senesa». Editado por Ines Ravasani. *Tratados de amor en el entorno de Celestina (Siglos XV-XVI)*, editado por Pedro Cátedra *et al.*, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, pp. 161-217.
- _____. *Historia de duobus amantibus. Histoire de deux amants*. Edición bilingüe de Isabelle Hersant. Les Belles Lettres, 2012.
- Poliscena de Leonardo della Serrata, comedia humanística latina*. Edición bilingüe de Antonio Arbea, Universidad de Chile, Colección de Libros Electrónicos, 1996-2000, < <http://csociales.uchile.cl/publicaciones/poliscena.pdf>>.
- Rodríguez del Padrón, Juan. «El triunfo de las donas». *Obras completas*, ed. C. Hernández Alonso, Editora Nacional, 1982.
- Rojas, Fernando de. *La Celestina*. Editado por Francisco J. Lobera, Guillermo Serés, Paloma Díaz-Mas, Carlos Mota, Íñigo Ruiz Arzálluz y Francisco Rico. Real Academia Española, 2011.
- Ruiz, Juan. *Libro de buen amor*. Editado por Alberto Blecua. Cátedra, 2015.